



LA BELLEZA ES VERDAD

RETROSPECTIVA DE JUAN HIDALGO DEL MORAL

LA BELLEZA ES VERDAD

RETROSPECTIVA DE JUAN HIDALGO DEL MORAL



2019

Edita:

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS
Y NOBLES ARTES DE CÓRDOBA

Textos:

Antonio Pulido Gutiérrez	Juan Pasquau
José Cosano Moyano	Antonio Gala
Ángel Aroca Lara	Francisco Zueras
Miguel Clementson Lope	Ricardo Molina
Antonio Enrique	Luis Quesada
Carlos Clementson	Mario Antolín
Manuel Gahete	Marrugat
Rafael Mir Jordano	Pablo García Baena
Mercedes Valverde Candil	Vicente Núñez
José M. ^a Palencia Cerezo	M. ^a Luisa Rodríguez Muñoz
Fernando Serrano	Ramón Gaya
Dionisio Ortiz Juárez	Friedrich Nietzsche
Juan Rejano	Wladislaw Tatarkiewicz

Comisario de la Exposición:

Ángel Aroca Lara

Coordinación Catálogo:

Miguel Clementson Lope

Edición fotográfica y fotografía:

Belén Galán Arranz (belgaarranz@gmail.com)

Fotografía:

Diego Hidalgo, Piedad Aroca, M. Clementson

Montaje:

Óscar Moreno Plaza
Antonio Moyano Parras (CFGs de *Mobiliario* / E. A. "*Mateo Inurria*")

Diseño Gráfico / Maquetación:

Isabel Pérez, M. Clementson

Impresión:

Mario Galán

Dep. Legal: CO 1656-2019

ISBN: 978-84-09-15246-9

HIDALGO DEL MORAL

Dionisio Ortiz Juárez

Presentar la pintura de Juan Hidalgo del Moral es relativamente difícil y relativamente fácil. La dificultad estriba en que Hidalgo, fuera de un reducido círculo de amigos, es poco conocido, y la facilidad emana de que se trata de una pintura clara, hecha, sólida, con auténtica personalidad y con netos y acreditados valores. A primera vista, ambas cosas parecen encerrar una contradicción, una antinomia. ¿Cómo es posible que se trate de un pintor ya hecho, ya maduro, y no nos haya salido al encuentro con aventuradas y reiteradas exposiciones?

Detrás de la obra de cada pintor está el pintor mismo, en este caso Juan Hidalgo, muy joven, pero al mismo tiempo responsable y serio, artista de una vez, que conoce el camino, que no tiene prisa, porque sabe que llegará, y que posee la dignidad y el respeto hacia la profesión suficientes para impedirle manifestarse con una obra de la que no estuviera satisfecho. Años de silencio y de paciencia, hasta que ahora nos presenta en ATRIUM el resultado de un sereno y duro trabajo.

En su fecunda aunque temprana obra, aplicando un escalpelo, se podrían separar reminiscencias de Zurbarán, de Valdés Leal, de Botticelli, de Vázquez Díaz y de otros grandes maestros, como cualquiera que conozca el mundo de la pintura sabe que se puede hacer hasta en la obra de los mayores genios. Esto de muestra dos cosas: que Hidalgo es un espíritu abierto a la verdad y que a la hora de pintar lo hace sin prejuicios, dejando correr y desbordarse el río de su fantasía.

Para Juan Hidalgo, pintar es vivir, vivir es soñar y soñar es poetizar. Y no es que Juan esté de espaldas al mundo real y prosaico que nos tiene atrapados en las redes de la mediocridad, sino que es poeta, que ve este mismo mundo desde perspectivas insólitas, pero elevadas al rango ideal de la poesía. Por eso, su pintura, aun referida a lo real, trasciende un transporte onírico que la pone a las puertas del

surrealismo. Inspirado en el tema humano, social, de las aceituneras –ponemos por ejemplo– crea y consagra unas figuras de mujer idealizadas, aureoladas de ese encanto cromático y formal de la pintura cuatrocentista, mujeres que ciertamente no son las que vemos nosotros trajinando en los olivares de nuestra tierra, pero sí son las que en el mundo de Hidalgo viven entre palomas y cestas de frutas.

No cabe duda de que Úbeda, la ciudad renacentista, la ciudad donde desempeña su puesto de profesor de *Dibujo*, es un magnífico escenario para dejar correr sus sueños. Allí tiene contacto con el pueblo, que le inspira y alienta sus ansias de justicia, pero sin convertir el lenguaje de su pintura en arisca prosa de panfleto.

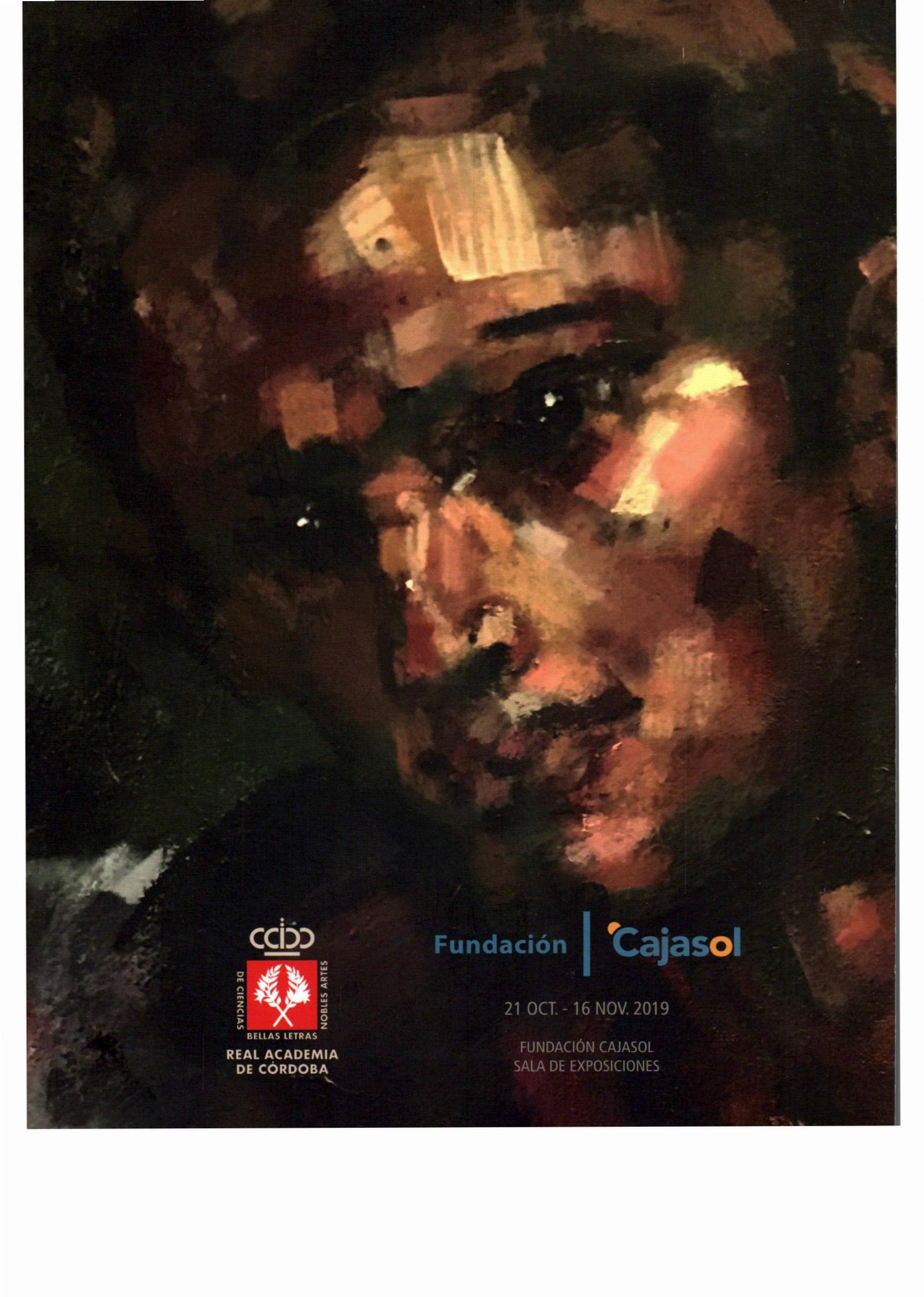
Desde el punto de vista técnico, podemos ver que Hidalgo se mueve con holgura dentro de una personalidad bien hecha y manejando una gran sabiduría. Utiliza, en primer lugar, el color con riqueza y precisión. Y, al mismo tiempo que es un gran colorista, sabe armonizar y obtener la mayor expresión poética del lienzo. Pero quizá, donde el artista obtenga la más acusada impronta de su personalidad sea en el manejo de los paños, que pliega con tal maestría, que nos recuerda a Zurbarán. En la antítesis que el observador capta, tal vez inconscientemente, entre la cruda verdad de las telas y los mimbres, por un lado, y la idealidad poética de las figuras, por otro, está el sello personal que hace inconfundibles las obras de Hidalgo.

De su temática, nada decimos. Salta a la vista que Hidalgo no está comprometido con nada ni con nadie, sino consigo mismo. Sus temas son tan subjetivos, tan líricos, que más que hacernos pensar, nos hacen sentir, sentir hondo lo que el pintor, con un lenguaje grato y elocuente, nos dice del mundo, de su mundo, de su mundo ideal y abstracto que vibra totalmente en cada uno de sus cuadros.

Galería ATRIUM, Córdoba, nov. - 1976



Rocío, óleo / lienzo, 100 x 81 cm.



ccib
DE CIENCIAS
BELLAS LETRAS
NOBLES ARTES
REAL ACADEMIA
DE CÓRDOBA

Fundación | Cajasol

21 OCT. - 16 NOV. 2019

FUNDACIÓN CAJASOL
SALA DE EXPOSICIONES